

La otra cara de Gulliver

De todos los escritores cuyas obras, destinadas a conmover o aleccionar a intelectos maduros, fueron confinadas en el limbo venial de la literatura infantil, quizá el caso de Jonathan Swift sea el más patético. Páse que se considere una novela de aventuras "Moby Dick", porque en buena y grata medida lo es; también puede aceptarse que los calculadísimos absurdos de Lewis Carroll sigan en manos de los niños, porque tal fue el disfraz que eligió voluntariamente él para dar curso a su peligroso humor. ¡Pero Swift! ¡Pero ese Gulliver que se mueve a través de una evidente alegoría, cuyas aventuras no tienen ninguna vocación de recreo narrativo, sino que son la más despiadada sátira que de todo se burla: de la política exterior de Francia e Inglaterra, de la avaricia, de la pedertería de la ciencia, de la ignorancia, del deseo de prolongar indefinidamente una vida insostenible, del bienestar estúpido que prometen los políticos, de la incapacidad de amar y de la imposibilidad de renunciar a fingir amor...! ¡Pocos autores han contemplado lo que son los hombres y lo que han hecho del mundo con menos simpatía, con un desprecio más cerebral, con una cólera en la que brillen menos atisbos de piedad. ¡Dios mío, si lo que aprende Gulliver en su periplo son todas las verdades que se supone que los niños no deben saber, ni siquiera llegar a sospechar! No es que Gulliver sea poco educativo: por el contrario, enseña tanto que aniquila toda posibilidad de pedagogía, pues ésta se apoya en una dosificación más o menos infundada del optimismo Gulliver no prepara para el mundo y la vida, sino contra el mundo y la vida. En vez de disponer a una carrera productiva, la fundación de una familia o la abnegada militancia en un partido político, leer ese bello cuento de viajes precipita en la Trapa o aconseja el pistoleazo en la sien. Se me dirá que precisamente se encerraron esas páginas terribles en el kindergarten para neutralizarlas, para diluir su veneno demasiado obvio en la puerilidad en la que todo está permitido porque nada importa. Así debe ser; pero se trata de un juego peligroso y chocante. Como si ese otro panfleto aniquilador de Swift, su "Modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de

Irlanda sean una carga para sus padres y su país y para hacerlos útiles al público", en la que propone vender a los niños como carne de lujo, ya que, gorditos y con no más de un año, son un plato exquisito, como si este otro panfleto, digo, se catalogase en las bibliotecas en la sección de gastronomía, junto a Apicio y a la "Fisiología del gusto"...

Aunque sea a favor de un malentendido, los viajes de Gulliver son fácilmente accesibles en todas las lenguas. En cambio, casi todo el resto de la obra de Swift es poco conocido, al menos para los lectores de habla castellana, pese a incluir obras maestras no inferiores a las aventuras del vagabundo aprendiz de relativismo ético. Sin duda, la más importante es la que ahora se publica en la colección Maldoror, en espléndida traducción de Marisol de Mora: la "Historia de una barrica" (1). Swift escribió esta sátira genial a los veintinueve años, cuando trabajaba como eficiente secretario de su protector sir William Temple. "¡Qué gran talento tenía yo cuando escribí ese libro!", diría melancólicamente muchos años después. Efectivamente, en realidad jamás superó la acerada brillantez de este escrito primerizo, en donde el jubiloso furor de un polemista nato, precozmente desencantado de casi todo lo que encandila la semimuerte de los hombres, se despliega en un alarde de brío conceptual y eficacia estilística como pocas veces se han dado ni antes ni después en la riquísima literatura inglesa. Lo de menos es el pretexto que desencadena el verbo corrosivo de Swift, la triple vía de corrupción que siguen católicos, luteranos y anglicanos para desvirtuar la pureza de la Biblia de la que se reclaman: lo que importa es la fulminante mordacidad puesta en juego, los latigazos que se reparten a derecha e izquierda contra la necedad dogmática y la manía herética, contra la vanidad, la codicia y el afán de dominio que se ocultan detrás de toda querrela ideológica. ¡Cómo debió disfrutar el joven Voltaire leyendo a Swift en su destierro londinense! Pero los ramalazos más cáusticos del francés son simples caricias al lado de las páginas demolidoras del deán. En esa barrica está toda la literatura clásica, el pesimismo de los estoicos y de Lucrecio o la magnífica y amarga parodia del "Elogio de la locu-

(1) "Historia de una barrica", de J. Swift, trad. Marisol de Mora y J. M. Palau, col. Maldoror, Barcelona, 1976.

ra" de Erasmo; pero está sobre todo lo mejor de la literatura inglesa subsiguiente, desde los meandros distanciadores de Sterne y la filosofía del vestido de Carlyle hasta el refinado arte de la disgresión de Thomas de Quincey. La vitalidad estética de una obra en nada depende de la vocación edificante de su autor: el ácido destructor de esta sátira ha sido más fecundo y estimulante que todos los cánticos positivos —muchos de ellos ricos en talento— de su época. Esta edición se complementa con otro escrito polémico de Swift, "La batalla entre los libros antiguos y modernos". El pretexto, en es-



Jonathan Swift.



Gulliver en Lilliput.

te caso, no sólo es irrelevante, sino netamente desfavorable a Swift, pues se trata de enjugar una metedura de pata de Sir William Temple, quién para probar la superioridad sencilla y ática de los autores clásicos había esgrimido unas "Epístolas de Phalaris" que resultaron apócrifas. Swift, sin embargo, hizo una de-

fensa de los autores antiguos frente a los modernos tan diabólicamente hábil y de tanto tino cómico que logró hacer cambiar de bando a los ridiculizadores de Temple. Lo de menos es que Swift, probablemente, estuviese muy lejos de creer en lo que defendía...

Decepcionado de la lucha política, en la que respaldó con fervor la causa de su Irlanda pobre y sometida; enemistado por su carácter cada vez más áspero con todos sus amigos; desgarrado por esos amores —Stella, Vanessa...— en los que puso toda la pasión compatible con el horror físico al acto de la carne, el vivísimo ingenio de Swift se fue hundiendo poco a poco en una demencia apática. En una de las piezas más hermosas del teatro contemporáneo. "Palabras escritas en el cristal de una ventana", W. B. Yeats nos devuelve en una escalofriante sesión de espiritismo al Swift atormentado de los últimos años. El espíritu desgarrado cierra la obra con estas palabras: "¡Maldito sea el día en que nació!". Es la voz cavernosa y fúnebre de Gulliver cuando por fin se encontró a salvo en su casa. ■ FERNANDO SAVATER.

Una novela (anti)colonialista antológica

La ventana de las letras españolas abierta hacia el exterior da, desde hace unos meses, a una extraña obra supuestamente extemporánea, pero que es una de las clásicas europeas. Se trata en concreto de la novela "Max Havelaar", del holandés Multatuli (primera edición neerlandesa 1860).

El nombre de Multatuli (del latín multa tuli, "mucho he tenido que aguantar") fue adoptado como seudónimo por Eduard Douwes Dekker (1820-1887), hombre idealista y polémico, que en 1839 entró al servicio del régimen colonialista holandés en Indonesia, donde desempeñó varios puestos sobre el terreno como enlace administrativo entre la población indígena y el gobierno colonial, hasta que en 1856 dimitió, a causa de un conflicto con el gobernador general, dedicándose en lo sucesivo a la propagación de sus ideas en novela, teatro y ensayo.

Este conflicto y su radicación en la situación colonial forman la materia del libro autobiográfico "Max Havelaar". Por medio